

Editorial

*En el XXV aniversario de
Monseñor Romero*

Seriedad ante la realidad Esperanza contra el desencanto

Veinticinco años después del martirio de Monseñor Romero y trece después de los Acuerdos de Paz, en el país escasea la esperanza y abunda el desencanto. Muchas cosas necesitan los salvadoreños, pero quieren, sobre todo, que la esperanza triunfe sobre el desencanto reinante. Y es difícil. Una de las razones es que los líderes de todo tipo, salvo alguna excepción, no toman en serio la realidad del país ni a sus gentes. Y aunque pueda parecer lo contrario, es esa seriedad, no las palabras fáciles y un optimismo irresponsable, lo que ayuda a la esperanza y otorga credibilidad a los que la anuncian. Sobre eso queremos decir unas palabras en ese editorial, recordando a Monseñor Romero.

No hay duda de que Monseñor Romero se desviviría hoy por superar el desencanto y trabajaría para hacer renacer la esperanza.

Lo haría por amor a la gente sufrida y también ex officio, consciente de su misión: “La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres” (18.2.1979). Lo haría con credibilidad, la que otorga la cercanía al sufrimiento, sin condiciones. Pero también con la credibilidad que otorga la honradez con la realidad. Si como creyente “dejaba a Dios ser Dios”, sin manipularlo, de igual manera “dejaba a la realidad ser lo que es”, sin manipularla. Sin saberlo, cumplía a cabalidad cómo se debe ser y estar en la realidad según las conocidas palabras de Ellacuría: hay que “hacerse cargo de la realidad, encargarse de ella y cargar con ella”. Eso lo hizo Monseñor Romero insigne. En palabras más sencillas, tomó en serio la realidad, y, como ya hemos dicho, de esa forma generó esperanza en el pueblo sufriente. Veámoslo, y busquemos en Monseñor remedio para nuestros males.

* * *

Hoy pocas cosas importantes se toman con seriedad. No abunda la responsabilidad, ni la disponibilidad a rendir cuentas. Se puede afirmar casi cualquier cosa sin molestarse en verificar si es o no verdad. Y se puede mentir sin sonrojarse. Parece que nada llega a interesar en serio, a excepción del medro propio. Este des-interés lleva a trivializar la vida social y la vida personal. Se dirá que hay cosas peores, pero no tomar en serio las realidades fundamentales del país y de sus gentes es un mal mayor de lo que se piensa. Por lo que toca a nuestro tema, en un mundo así la esperanza pierde uno de sus fundamentos. Y por eso pienso que hoy Monseñor nos haría, apasionadamente, un reclamo: “sean serios”. Para ello nos pediría combatir, entre otras, dos cosas: la amnesia que condena a la irrealidad a cosas muy reales, y la banalización que resta importancia a cosas muy importantes.

La amnesia se suele poner en directo al servicio de la injusticia, pero además se usa para hacer pasar por inexistentes cosas del pasado sumamente importantes, lo cual lleva a que tampoco se tome con seriedad mucho de lo que hoy existe en el presente. Veámoslo en dos ámbitos de realidad que guardan estrecha relación con la vida de Monseñor y con la época en que le tocó vivir.

El primer ejemplo puede parecer cuestión de palabras, pero es problema de fondo. Se ha hecho tópico hablar de guerra y acuerdos de paz, y es bueno y necesario. Pero con ello se puede —o se quiere— introducir la idea de que antes de los acuerdos sólo hubo guerra, y no es verdad. La guerra comenzó, formalmente, en 1981, pero antes hubo largos años de represión pura y simple por parte del Gobierno, Fuerza Armada, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte, con algunos actos de violencia por parte de las incipientes organizaciones populares —más la secular opresión. Sin embargo, es más fácil, y menos riesgoso, mantener la simetría que expresa una guerra civil que recordar la verdad que la originó: la asimetría de terrorismo de Estado y mayorías reprimidas, y la asimetría de oligarquías y mayorías oprimidas— lo cual, en buena medida, sigue vigente.

La perspectiva de la simetría tiene ventajas: facilitó la firma de acuerdos y el desempeño diplomático de ambas partes. Para la Iglesia, en particular fue —y es— más fácil exhortar a la reconciliación tras una guerra —lo que hizo Juan Pablo II en su segundo viaje de 1996— que exigir la justicia contra la injusticia y la opresión. Pero con la simetría desaparece también la dialéctica que existe en la misma realidad, y así, si es que realmente se desea hacerlo, es más difícil buscar soluciones a la realidad de hoy, que sigue siendo sustancialmente asimétrica. Y la gente ya no reconoce “su” verdad, queda desencantada.

Se dirá, con razón, que hoy las cosas son distintas, pero hay un grave peligro de pensar que el “hoy” debe ser sólo superación del “ayer”, entendido éste como “guerra”. Pero hay que pensarlo también como superación de un ayer anterior a la guerra, el de la injusticia y la opresión. La guerra no debe ser la coartada para no enfrentar la opresión y la injusticia. Si esto no ocurre, se comienza el análisis desde una premisa falsa o, por lo menos, limitada, lo que lleva a políticas y praxis inadecuadas.

Un segundo ejemplo, aunque aquí hay diferencias, es la amnesia ante caídos y mártires, es decir, ante personas que, siguiendo su

conciencia y, muchas veces, con gran generosidad y amor, dieron sus vidas. A todos los que murieron hay que guardar sumo respeto —lo cual podrán admitir muchos—, pero hay que dar un paso más: agradecer su generosidad y amor —más por parte de unos que de otros. En ello está en juego la decencia y también la sensatez, es decir, no privarse de ese potencial para construir un país nuevo. Pues bien, ni los gobiernos, ni los partidos políticos —aunque siempre hay excepciones—, y nada digamos de la oligarquía y el poder imperial, han tomado en serio a mártires y caídos —a Monseñor Romero no le agradecen lo que cualquier bien nacido debe agradecer.

En la Iglesia la situación es distinta. La Iglesia de abajo, más que la de arriba, muchas comunidades y grupos de solidaridad mantienen vivos a sus mártires y a sus caídos. Buscan enterrarlos con dignidad, contar sus vidas, su generosidad y su entrega —y así, por cierto, mantienen la esperanza. La Iglesia de arriba no se opone, pero tampoco pone toda la carne en el asador. Si se mira todo el tercer mundo, su palabra sobre los mártires es más prudente que audaz. Por lo que toca a Monseñor Romero, hay un proceso de canonización en marcha, y habrá que esperar cuándo y, sobre todo, cómo concluye: si canonizan a un Monseñor que unió para siempre a Dios y a su pueblo, a un Monseñor Romero que se encarnó en las mayorías pobres de El Salvador, las defendió de los mercenarios y las amó —todo ello desde sus más hondas raíces cristianas, como dice Rahner— o si canonizan a otro Monseñor, un Monseñor aguado, ajeno a las duras realidades de este mundo, un buen y piadoso sacerdote, pero poco más.

La falta de seriedad se nota también en la banalización. Banal es hoy, en muy buena medida, el ambiente que configura la realidad cultural y social. Es la polución del aire que respira el espíritu, problema ecológico tan real como el del estado de salud de la madre tierra. Lo que voy a decir a continuación puede ser discutible, pero es difícil dudar de que hay banalización del espíritu, y de que ésta es fomentada por la industria del entretenimiento: goles de jugadores poderosos —por ceñirnos al fútbol— que son mezcla de

destreza y forma física, sí, pero por donde se cuelan muy eficazmente Wall Street y Hollywood... Y dígame lo mismo de muchas músicas, pasarelas, programas de televisión, revistas, que nadie sabe por qué llaman “del corazón”. Es el reino de la superficialidad, el “facilismo”, que denuncia Ernesto Sábato. Y es, sobre todo y tristemente, el reino del lucro del capitalismo de siempre, de modo que el facilismo y el lucro poco o nada tienen que ver ya con deporte, música y arte, y su potencial de humanización.

Por lo que toca a la Iglesia son ya tópicos las palabras de Rahner poco antes de su muerte: “vivimos en un invierno eclesial”, y estas otras que denuncian la “involución eclesial”, la marcha atrás con respecto al Vaticano II. Con mucho esfuerzo se llegó a reformular la realidad eclesial de forma muy distinta a como se hacía hasta antes del concilio. Allí se dijo que somos pueblo de Dios, no un conglomerado con una jerarquía por encima de los fieles; que hay que mirar al mundo y echar nuestra suerte con él, sin ignorar su novedad y sin concentrarnos en condenarlo; que tenemos que evangelizarlo y también tenemos que aprender de lo nuevo que ocurre en él.

Entre nosotros nos toca más de cerca la marcha atrás con respecto a Medellín. A veces todavía se usa su lenguaje, pero en las instancias oficiales las palabras ya no significan mucho. Iglesia de los pobres, inserción, inculturación, opción real por los pobres, están palideciendo. Como dice J. Comblin, “words, words, words”. La magnífica generación de obispos alrededor de Medellín, con Don Helder Cámara a la cabeza, no encuentra relevo, como grupo. Y parece que nadie se da por enterado, al menos en público.

Sí hay grupos y comunidades que se mantienen en fidelidad a Medellín, la pléyade de mártires de la que ya hemos hablado, los testigos que ofrecen resistencia a la pérdida de sustancia evangélica. Pero ha proliferado, sin que se le ponga freno ni cauce adecuado, un cristianismo individualista, “que yo me salve”, e interiorista, con “un Dios sin mundo y un Cristo sin reino”. Mucho de esto aparece en la llamada música cristiana actual, en oraciones en igle-

sias y emisoras de radio. Es comprensible que la gente pobre, que no encuentra dónde agarrarse para vivir con sentido, se apunte a ese cristianismo. Pero hay que estar claros sobre lo que está ocurriendo: se asocia la religión a la alienación y al infantilismo. Jesús dijo “sean como niños”, pero no “aniñados”. Y a esto hay que añadir el cúmulo de celebraciones, jubileos, aniversarios, que se organizan uno tras otro, como si hubiese temor al enfrentamiento silencioso —durante unos días— con el misterio de Dios. Parece ser el horror vacui, que decían los antiguos.

Don Pedro Casaldáliga, precisamente en el contexto del desencanto, acaba de escribir: “De la misma fe cristiana se está haciendo un recetario de milagros y prosperidades, refugio espiritualista ante el mal y el sufrimiento y un substitutivo de la corresponsabilidad, personal y comunitaria, en la transformación de la sociedad”.

* * *

Esta falta de seriedad, amnesia y banalización, es el precio a pagar —dirán algunos— para que triunfe el pragmatismo, que es lo único que puede salvar a la sociedad y garantizar una Iglesia de grandes números. Pero el precio a pagar es también la esperanza —además de la decencia. Y para los olvidadizos, hay que insistir en que nunca hubo más esperanza en nuestro país que cuando se tomaron las cosas en serio. Y por el contrario, cuando falta la seriedad la gente ha intuitido bien que sus problemas no interesan, y se siente desprotegida.

Por eso hoy Monseñor Romero seguiría denunciando la trivialización ambiental en que vivimos. Bien claro habló en contra de ella en vida: “El robar se va haciendo ambiente. Y al que no roba se le llama tonto” (18.3.1979). “Se juega con los pueblos... se juega con la dignidad de los hombres” (11.3.1979). Y sacó la conclusión que muchos sacan hoy: “estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada” (18.3.1979). Algo han cambiado los modos, pero se sigue sin tomar en serio a la gente. Tras la política hay mucho espectáculo, bien pensado y mejor escenificado. Tras lenguaje educado y pseudocientífico se esconde la pereza y la po-

breza mental. Y los que están arriba, aquí, y más en el Norte, se llenan la boca gritando “idemocracia, democracia!”, esperando como respuesta de la audiencia el aplauso, sin acabar de decir qué es democracia y cuánto hay de ella. Es un atentado a la esperanza.

Según Monseñor, también la Iglesia debe pensarse a sí misma con seriedad, si quiere generar esperanza. No hay que disimular las limitaciones: “sería triste una Iglesia que sólo condena, que sólo mira pecados fuera de ella, sin reconocer que también ella es pecadora” (8.7.1979), ni se puede contentar con lo superficial y fácil: “predicar es relativamente fácil, pero vivir lo que se predica... Entonces surgen los conflictos” (16.7.1978). Esto también atenta contra la esperanza.

En una realidad de miseria y opresión la esperanza es siempre histórica y dialéctica, por ello Monseñor tenía que mantenerla en medio de y en contra de la muerte, la pobreza, la injusticia y la represión. El triunfo de la vida, la justicia y la fraternidad era todo menos evidente. Como dice Pablo, la esperanza tiene que ser “contra esperanza”. Y hoy estamos —con retoques— en las mismas. Pero Monseñor la mantuvo, y por eso es esencial saber de dónde, en esa concreta situación histórica, sacaba fuerzas para mantener la esperanza.

“Sobre dos pilares apoyaba Monseñor Romero su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar transcendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal. Esa esperanza no sólo le hacía superar cualquier tentación de desaliento, sino que le animaba a seguir trabajando”¹.

Estas son palabras del Padre Ellacuría, escritas en 1985. Vienen a decir que la esperanza de Monseñor no era esperanza palabrera, engañosa y alienante, sino que era esperanza basada sobre pilares firmes: Dios y el pueblo. Era una esperanza desde la seriedad de un salvadoreño y cristiano ante la seriedad de la realidad.

Esta "seriedad" nada tiene que ver con "tristeza". Tiene que ver, más bien, con "amor". Porque Monseñor amó a su pueblo y al país hasta el extremo, por eso lo tomó en serio y le habló con total seriedad. La víspera de su martirio, para defender al pueblo, invocó lo más sagrado que podía invocar, a Dios y al pueblo sufriente, y esto es lo que dijo: "En nombre de Dios y de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, icese la represión!" (23.3.1980). Quien así habla en nombre de lo último, Dios y el pueblo sufriente, es que ama al pueblo. Y así anima a la esperanza.

La esperanza surge en definitiva del amor. Jürgen Moltmann escribió hace ya muchos años: "No toda vida es ocasión de esperanza, pero sí lo es la vida de Jesús quien, por amor, tomó sobre sí la cruz". Eso vale también para Monseñor: él mismo quedó esperanzado ante el gran amor que vio en muchos que ofrendaron generosamente sus vidas. Y, a su vez, él generó esperanza en otros, al amarlos sin condiciones y hasta el final.

"Verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora, hermanos. Y hemos de esperarla, como cristianos, no sólo en dimensiones políticas coyunturales, sino en dimensiones de fe y esperanza. Esta es la misión que yo estoy cumpliendo. Y por eso mi palabra quiere ser una palabra de esperanza y de fe en Jesucristo" (11 de noviembre de 1979).

* * *

Al llegar al final de este editorial más de uno dirá: "Monseñor amó a su pueblo y lo tomó absolutamente en serio, pero se equivocó" -y lo mismo puede decirse de Jesús de Nazaret. Es ése un juicio basado en el desencanto que generan todos los inmediateismos, por dogmáticos y pragmáticos. Pero para quien tiene aliento y mira lejos, ni Monseñor ni Jesús se equivocaron. Pusieron en marcha una esperanza, con altibajos en la historia, ciertamente, pero esperanza al fin, de la que viven muchos, los pobres sobre todo y quienes con ellos se solidarizan.

En estos días de aniversario la pregunta es si nos apuntamos o no a ese corriente de esperanza en la historia que desencadenó Monseñor, y a lo que esa esperanza exige: ser gentes de amor y de seriedad.

NOTAS

1. "La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero", ECA 437 (1985), p. 174.